

Macetas

El viejo siempre nos enseñó que debíamos cuidar el mango. No era porque alguna vez nos haya faltado algo, todo lo contrario, estaba en su ADN el hecho de guardar cada peso que ganaba con miedo a que cayéramos en bancarrota y nos volviéramos pobres de la noche a la mañana. Ser pobre, para él era una mala palabra, un pecado, algo parecido a una enfermedad venérea. Papá y su hermano Pepe habían hecho de la pequeña fábrica de pitucones, un imperio. Ellos habían comenzado con nada, compraban el cuero en las curtiembres de Avellaneda y de a poquito fueron construyendo lo que es hoy, una de las principales empresas exportadoras de ropa de cuero del cono sur. A mis dos hermanos y a mí nos habían obligado a trabajar en la fábrica, igual que a mis dos primas. Era nuestra herencia, nuestra empresa familiar y debíamos defenderla a capa y espada. A mí me había tocado la producción, a Juan Carlos la administración y al Tito los recursos humanos, a mi prima Tere las compras y Laurita cumplía funciones de secretaria, ella nunca había tenido muchas luces. A ninguno nos la hacían fácil, nos pagaban un sueldo de hambre con la excusa que todo ese edificio iba a ser nuestro cuando papá y su hermano pasarán a mejor vida. Ellos trabajaban de sol a sol y pretendían que nosotros hicéramos lo mismo, nunca un premio, nunca un reconocimiento, ni siquiera nos pagaban el aguinaldo ya que éramos parte del clan y no éramos empleados comunes, con lo cual con nosotros podían obviarse todos los compromisos que marca la ley. Muchas veces había pensado en renunciar y dedicarme a otra cosa, era insoportable aguantar a los dos viejos dándonos órdenes de aquí para allá. Yo como buen perito mercantil entendía muy bien cuanta guita les quedaba en cada ejercicio y al no ver que ni el viejo ni el hermano hacían inversiones importantes fantaseaba con que estarían poniendo el dinero en alguna cuenta de las islas Caimán para asegurar el futuro de nosotros cinco. Mis hermanos y mis

primas éramos una especie de raza de conejos que íbamos para adelante tentados por una zanahoria gigante que nunca alcanzamos.

La amenaza permanente de que la herencia de la fábrica iba a ser de los que trabajaran ahí y que al primero que sacara el pie del plato lo sacarían de la lista de potenciales herederos estaba certificada y rubricada ante escribano público. O sea, o seguíamos trabajando como esclavos o nos teníamos que atener a las consecuencias en un mundo sin respaldo económico ni red de contención. O estábamos en el clan o éramos enemigos de él, o éramos parte de la fábrica y nos rompíamos el lomo junto a ellos o nos mandaban al exilio junto a Gardel.

Cuando falleció mamá, pensamos que el hecho de que la muerte hubiese empezado a recorrer con su guadaña nuestro árbol genealógico iba a enternecer los corazones de nuestro padre y su hermano con la consecuente apertura de sus bolsillos liberando algún dinerillo. Pero no fue así.

Mi mujer estaba harta de correr la coneja y que en casa entrara lo mínimos indispensable para subsistir y pagar el colegio de los chicos. Lo mismo sufría Juan Carlos cuando su esposa le rompía los quinotos para que renovara el auto que tenía desde que eran novios y no daba para más. El Tito era soltero, más bien solterón y como para él si le alcanzaba para los puchos y para las putas era suficiente, Tito era el único que no se quejaba.

El viejo se vino abajo, después de la muerte de mamá y al poco tiempo toda su energía se convirtió en un cúmulo de achaques. Tuvo varias internaciones hasta que un día mientras le reclamaba a uno de los operarios que acomodara mejor una pila de cueros le subió la presión por las nubes y le dio un patatús. El médico de la prepaga nos dijo que debía operarlo de urgencia ya que su vida pendía de un hilo.

Luego de la operación de más de cinco horas donde le abrieron el pecho como si fuera un lechón para poner a la parrilla estuvo muy delicado. Estaba conectado a aparatos que medían sus signos vitales y tenía una

traqueotomía que no le permitía hablar. Estaba sedado por completo. Recuerdo que una de las enfermeras se me acercó, me regaló un rosario y me dijo que ahora todo estaba en manos de dios, que solo me quedaba rezar para poder volver a ver al viejo con vida.

Un día que había ido a visitarlo, como todos los días, me llaman de la administración de la clínica para avisarme que la prepaga no se haría cargo de los gastos de internación ya que a papá lo habían dado de baja por falta de pago de no sé cuántas cuotas y que a la fecha la suma que debíamos pagar tenía más ceros de los que yo podía imaginar. Nos reunimos con mis dos hermanos para analizar lo que se nos venía y ver de qué manera podíamos solucionar el problema. Pensamos que lo ideal era hablar con Pepe para que nos diera un adelanto de futuras ganancias que pudiese tener la empresa, una especie de crédito que le devolveríamos, a lo que se negó rotundamente diciendo que nuestro padre tenía mucho dinero para solventar sus gastos de internación y mucho más. Bajo su negativa, le dije a Juan Carlos que sacara un cheque y lo cobráramos, pero me respondió que en las dos cuentas bancarias que manejaba la fábrica solo había plata para pagar la quincena y para algunas facturas menores de proveedores. Entonces me dije ¿Dónde cuerno está la guita?

En ese momento pensé que mi hermano también estaba confabulado con el resto del clan orquestando toda esa farsa desde la administración para quedarse con toda mi plata, la de Tito y la de mis primas. El me juró y rejuró que nunca haría eso, que tanto el viejo, como el tío Pepe retiraban en efectivo todos los meses las ganancias después de impuesto. Ambos habían quedado traumados a partir de lo que había pasado con el corralito del 2001 en Argentina, donde los ahorros de muchos se evaporaron como el agua cuando pasa su punto de ebullición.

La explicación de mi hermano la tragamos con Tito apretando los dientes, pero sumidos en la desconfianza decidimos ir al banco para validar

la historia de Juan Carlos. Pedimos hablar con el tesorero y nos hicieron pasar a una salita. Le comentamos lo que nos estaba pasando y que necesitábamos convalidar si realmente el saldo de las cuentas era lo que nos había dicho nuestro hermano y si era verdad que los dos viejos pelaban las cuentas corrientes llevándose el efectivo. Efectivamente, aunque parezca redundante, el tesorero nos confirmó que todas las salidas de dinero realizadas en los primeros días de cada mes se hacían en efectivo, no con transferencias, que más de una vez le habían dicho que era muy peligroso y que él no si iba a hacer cargo si, por esas fatalidades del destino, algún empleado deshonesto batía a los chorros su *modus operandi* y estuvieran esperando a la salida a los dos viejos para pegarles un palo en la cabeza y afanarles.

No teníamos solución, debíamos conseguir el dinero de alguna manera o dejarlo morir a papá. Desconectar el respirador era una manera despiadada de frenar los gastos que se iban acumulando diariamente.

¿Dónde carajo está la guita? Volví a preguntarme. Con el Tito decidimos ir a la casa de viejo, yo tenía llave a pesar de que nunca había ido sin invitación previa. Entramos y había un olor parecido a la Acaroína. Estaba bastante ordenado todo y limpio por más que la casa había estado sin ser habitada en el último mes. Nos dirigimos al dormitorio para ver si encontrábamos algo donde pudiese tener escondido los billetes. Abrimos los placares, buscamos en las mesitas de luz y en la cómoda, descolgamos todos los cuadros creyendo que pudiese haber alguna caja fuerte oculta tras ellos, luego fuimos para la cocina, para ver si había algo en la alacena. También revisamos en los tomas de luz con un destornillador, en la heladera y también en la caja de los tapones hasta que llegamos al patio donde tiene el juego de sillones y la parrilla. Justo donde da la pared de la medianera tenía una fila de macetas repletas de florcitas de colores, primulas, begonias, y algunas suculentas. En la última que daba al vértice del patio había una maceta aún

más grande repleta de cactus, esos bien pinchudos y al principio me pareció que no combinaban con el resto de las dulces plantitas, hasta que... se me prendió la lamparita y le pedí al Tito que me trajera una toalla del baño y un cuchillo de la cocina. Me agaché y con mucho cuidado empecé a desplantar los cactus. Luego con destreza casi quirúrgica comencé a quitar la tierra que estaba reseca. Casi en la base de la maceta me encuentro con algo duro, era una lata de esas de galletas. No era solo una, había tres, todas habían sido selladas con ese pegamento que se usa para eliminar filtraciones. Tito estaba sorprendido por mi hallazgo. Abrí la primera de las latas y estaba repleta de rollitos billetes de cien dólares con la jeta grande de Benjamín Franklin. Todos muy bien acomodados formando un mandala. Era mucha guita, pero mucha, muchísima. Volví a replantar los cactus, baldeamos el enchastre que había hecho y nos fuimos con las tres latas que habíamos encontrado. Pudimos poner al día la obra social con muchas discusiones, pero con la intervención de un abogado logramos que lo volvieran a dar de alta. Pudimos pagar los gastos extras de la clínica y gracias al cielo o gracias a dios, nuestro padre se repuso y pudimos tenerlo de nuevo con nosotros, firme como un toro despotricando en la fábrica.

Un año después de este penoso episodio, nuestro tío Pepe, mientras maltrataba a un peón, se desploma cerca del área de carga y descarga de los camiones y tuvimos que llamar a su prepaga para que manden una ambulancia. A papá le dimos la pastilla de la presión. ¡Estaba como loco! La Tere temblaba como una hoja y la pobre Laurita no paraba de llorar.

Yo los acompañé en el viaje a la clínica. Al llegar y luego de una batería de estudios, el médico me dice que debían operarlo de urgencia, que tenía varias arterias tapadas y que era cuestión de horas para que el cuadro fuese terminal.

Obviamente firmé la autorización para su intervención, que duró casi lo mismo que la de nuestro padre. Cuando lo sacaron de la sala de

operaciones lo llevaron a terapia intensiva, nadie podía verlo, ni siquiera sus propias hijas.

Aún me pregunto porque había tomado el rol de sobrino fiel si él siempre me trató como uno más de los obreros. Todas las tardes después del trabajo, pasaba unos minutos para que los médicos me dieran el parte sobre la salud del tío. Era un cuadro muy delicado, tener casi cinco años más que papá hacía la diferencia. Una tarde me llama la Tere para contarme que la habían llamado de la administración de la clínica. Me dijo muy angustiada que la preaga no le estaba girando los fondos por los gastos de internación del tío, porque este había dejado de pagar la cuota y lo habían dado de baja, caso calcado al de nuestro viejo.

¡Otra vez sopa! Su avaricia le impidió aprender de la situación traumática que habíamos vivido con papá. En una carrera de irresponsables ambos hubiesen alcanzado el podio. La Tere estaba desesperada y Laurita como era de esperar, lloraba como una Magdalena. Pero como la experiencia en nuestro caso, no era un peine que te dan cuando te quedás pelado como decía el gran Ringo Bonavena, era fácil de imaginar dónde podría el tío tener escondida la guita que amarrocaba todos los meses. Previamente y sabiendo cual iba a ser su respuesta le preguntamos al viejo si podía prestarles a las primas para que pudieran afrontar los gastos de su hermano. Parecían gemelos en su forma de actuar, no les importaba nada, la plata era lo más importante, amarretes hasta el infinito y más. La respuesta fue un rotundo “NO”.

El tío ya estaba en las últimas, las enfermeras lo daban por desahuciado, no había dios ni rezos del rosario que lo salvaran. Mis primas deambulaban por los pasillos de la clínica, mi viejo ni lo había ido a ver para despedirse, se justificaba diciendo que él debía seguir al mando del barco, que sin él al frente todo lo peor podía pasar con la fábrica. Juan Carlos tampoco venía mucho, seguramente por orden expresa de nuestro padre para

que le pasara los números con lujo de detalles. El único que me acompañaba era el Tito.

Esa tarde en la que al parecer solo le quedaban unas cuantas horas al tío, la Tere me pregunta qué pasaría con la enorme deuda que se estaba incrementando y le conté lo que iba a pasar. Pude haberle mentido, nada hubiese cambiado, pero le dije la verdad, así como los bienes se heredan también las deudas y se puso toda colorada. Traté de calmarla, no era momento para pensar en plata, estaba seguro de que de alguna manera lo íbamos a arreglar. Fui a buscarles un café a la máquina y cuando volví el doctor les estaba notificando del terrible final. Ambas se abrazaron y yo me quedé mirándolas a unos metros con los dos vasos de Telgopor en cada mano. En ese momento me di cuenta de que hay deseos que nadie puede expresar, que la culpa nos carcome por no querer soltar a ese ser amado.

La Tere y Laurita a partir de ese mismo momento se convirtieron en socias de papá. Yo estaba convencido que el viejo buscaría todas las formas de impedirles a mis primas poder retirar un peso de la fábrica hasta que le toque el turno de seguir el camino del tío Pepe, lo que era bastante improbable después del servicio técnico que le habían hecho a sus arterias. Para desgracia de nuestras primas, papá estaba hecho un pibe.

Dos meses después del velorio y de su solitario entierro en el cementerio de la Chacarita, la Tere me llamó para que nos reuniéramos en un bar. Estaba preocupada por las decisiones que el viejo tomaba en la fábrica, que ellas como socias legalmente hablando no tenían ni voz ni voto, pero lo que más le preocupaba era el embargo que les había ejecutado la clínica a en sus cuentas personales.

Después del tercer café, me suplicó que la ayudara, que a pesar de nuestros padres éramos familia. Entonces puse en marcha el plan que tiempo atrás ya tenía rondando en mi cabeza. Primero le pregunté si me permitía acompañarla a la casa del tío Pepe ya que yo sabía o intuía donde podría

tener guardada su fortuna. Fue ahí cuando me confesó que su padre tenía una amante y para colmo de males la había metido en la casa. Anahí, me dijo que se llamaba. Esa Anahí era cuarenta años más joven que el viejo y jamás se había apersonado en la clínica para ver cómo venía la salud del tío Pepe. Ahora, esa chica, era un estorbo más que debíamos franquear. Le pregunté a la Tere si tenía la llave de la casa y que debíamos entrar en algún momento en el que ella no estuviese. Fueron semanas en las que hicimos inteligencia sobre los movimientos de Anahí, hasta que definimos el día en el que debíamos iniciar nuestra operación rescate.

Fuimos con el auto de Tito junto a la Tere y Laurita. Estacionamos a unos treinta metros de la casa del tío, de la vereda de enfrente y nos quedamos monitoreando por la luneta trasera. Aguardamos agazapados hasta que Anahí decidiese salir a hacer los mandados. Era un plan milimétricamente calculado. Tito tenía el teléfono de un cerrajero de la zona. Apenas Anahí dejara la casa empezaría la acción. Laurita perseguiría a Anahí, su misión era demorarla lo más posible para que pudiéramos entrar y hacer el cambio de cerradura.

Anahí sale, se acomoda la pollera, mira para todos lados, parecía que estuviera sospechando algo. Encara para la izquierda, imaginamos por la hora que iría al almacén de la esquina. Laurita salió como un soldado tras de ella, Anahí no debía volver pronto en ninguna circunstancia. Tito llamó al cerrajero y este cayó en menos de cinco minutos. Él se quedó en la puerta custodiando la entrada mientras el cerrajero trabajaba por las dudas que Laurita fallara en su cometido. Junto a la Tere fuimos directo al patio, era el primer lugar para buscar basándome en los antecedentes que ya les conté. El patio era un calco del patio de nuestro padre, una parrilla, un juego de sillones que sin duda los habían comprado en el mismo lugar y un montón de macetas, algunas con primulas, otras con begonias, pero las que yo buscaba era la que tuviese las plantas más pinchudas. Era la última, repleta de cactus

enormes, la que daba justo al vértice con la casa del vecino. Le dije a mi prima que trajese una toalla y un cuchillo. Mientras el cerrajero terminaba de cambiar la cerradura, me agaché y con mucho cuidado empecé a desplantar los cactus y luego con destreza casi quirúrgica comencé a quitar la tierra. En la base de la maceta me encontré con lo que esperaba, la lata redonda de galletas. Antes de poder sacarla escuché un griterío en la puerta. Anahí estaba a los empujones con Laurita y Tito trataba de separarlas. El cerrajero juntó su caja de herramientas y salió corriendo sin cobrar. La mina gritaba y les pedía a los vecinos para que llamaran a la policía porque había unos locos que estaban ocupando su casa. Salí y le dije que se marchara, que nosotros éramos su familia y que mis primas eran las herederas legales del tío Pepe. Anahí nos mandó una maldición en guaraní y se marchó. Cuando la perdimos de vista, saltamos de alegría, habíamos recuperado la casa del viejo de mis primas sin necesidad de hacer un juicio de desalojo, era un gran logro. Entramos los cuatro, cerramos con llave y volvimos al patio mientras Laurita fue a la cocina en busca de alguna bebida espirituosa para festejar. Me volví a agachar para sacar los restos de tierra que aún estaban sobre la lata de galletas. Logró sacarla al mismo momento que escuchamos el ruido del corcho saliendo de la botella de sidra que tenía Laurita en sus manos. La caja parecía más liviana que la de mi padre, me di cuenta de que no estaba sellada con el pegamento que se usa generalmente para evitar filtraciones. Abrí la caja y todos quedamos con la boca abierta viendo que adentro en vez de rollitos de dólares había un sobre. Lo rompí con cuidado desde el borde y saqué una nota que decía:

“Si llegaron hasta acá se preguntarán dónde está el dinero de mis hijas. Ellas pueden quedarse con esta casa, con la quinta de Moreno y con el 50% de la fábrica, pero todos mis ahorros ya son de la mujer que me hizo feliz estos últimos años de vida.

Un beso y un abrazo para mis amadas hijas

¡Desde el cielo, Papá!“